

CAPITULO LXXIV.

Que es, sobre poco más ó ménos, una continuacion del anterior.

EN vez de desmayar en presencia de aquel nuevo desengaño que recibió, resolvió, para desmentir las calumnias de sus enemigos, pacificar á toda costa la isla, aun cuando el conseguirlo le costase nuevas y dolorosas y humillaciones.

Embarcóse en seguida en compañía de algunas personas importantes, con el objeto de celebrar una entrevista en Azúa con el jefe de los rebeldes.

Sus pretensiones se aumentaron al ver que la primera autoridad de la isla se sometia á todos sus caprichos, y hasta abandonaba su residencia para ir á buscarlos.

Habian recibido noticias de la escasa influencia que gozaba en la corte el almirante; algunos agentes de Fonseca, que habian llegado con la última expedicion, les animaban á continuar por la senda fatal que habian emprendido, y al hallarse en presencia de Colon no parecian ellos los culpables y el gran hombre su juez, sino por el contrario, Colon parecia el delincuente, y Roldan y los suyos los instrumentos de la justicia.

Trasladáronse á bordo de la carabela que ocupaba el almirante, y le pusieron por condicion para una avenencia, el que les permitiera enviar á España, en los buques que estaban en Santo Domingo, los rebeldes que quisieran abandonar la isla, que se otorgaran tierras de cultivo en vez de sueldos á aqu

llos de sus partidarios que desearan permanecer en la colonia; que se diera la más cumplida satisfaccion á Roldan, declarando solemnemente calumniosas todas las acusaciones que contra él se habian fulminado; y por último, que se le restableciera en el empleo de alcalde mayor.

Mis lectores, que á fuerza de seguir á Colon paso á paso en su larga y dolorosa peregrinacion, habrán formado una idea exacta de su carácter, comprenderán cuánta fué su amargura al escuchar aquellas proposiciones y cuán grande el sacrificio que tuvo que hacer para admitirlas.

Las admitió, en efecto, y Roldan se separó de él para comunicar á sus compañeros la resolucion del almirante.

A los pocos dias volvió Roldan, añadiendo una cláusula más horrible aún.

Esta cláusula era que si el almirante faltaba á aquel pacto, tendrian derecho los rebeldes para obligarle á cumplirle por la fuerza ó por los medios que juzgaren convenientes.

Se hubiera resistido á aceptar esta última condicion si por entónces no hubiera llegado á sus oidos la noticia de que muchos caciques del Ciguay habian reunido á los más valerosos guerreros de la isla y proyectaban atacar la fortaleza de Santo Domingo para librar del cautiverio á Guaorocaya, y si era posible, á Mayabonex.

Sin perjuicio de explicar algun dia á los suyos lo que significaba su condescendencia, afirmó aquel pacto vergonzoso, y Roldan, el ingrato y traidor Roldan, volvió á pavonearse, desempeñando con inaudita arrogancia el cargo de alcalde mayor.

Rodeado de sus secuaces, apoyándose en ellos, trataba de igual á igual al almirante, contradecia sus órdenes, quitaba empleos y los daba, y los buenos y los leales tenian que sucumbir, como el mismo Colon, á la influencia de la chusma.

No satisfecho aún con las concesiones que había obtenido del almirante, pidió para sus antiguos partidarios grandes porciones de tierra en el departamento de Xaragua, y la completa autorización para que se establecieran en ellas.

El almirante se opuso á este deseo, y para que no estuvieran juntos, les concedió tierras en diversos parajes de la isla.

Unos se establecieron en Bonaó, otros en el camino de Santiago.

Las colonias que formaron dieron origen á las ciudades que más tarde se establecieron en aquellos mismos puntos.

Para que los indios volviesen á pagar los tributos, organizóse una especie de policía, compuesta de un capitán y algunos soldados, los cuales tenían la misión de recorrer la isla en todas direcciones.

Roldán, persistiendo en su táctica, reclamó la posesión de ciertos terrenos en las cercanías de la Isabela.

Además le otorgó tierras en Xaragua, y le dió gran cantidad de ganados pertenecientes al Patrimonio Real.

Pero todas estas dádivas eran interinas, porque el almirante reservaba á la Corona el derecho de confirmarlas ó anularlas.

Dueño de tantas tierras, el mísero pordiosero que había llegado al monasterio de Santa María de la Rabida, pidió autorización para habitar sus posesiones, y el almirante se la concedió de buen grado para alejarle.

Partió Roldán y se detuvo en Bonaó, en donde nombró á Pedro Riquelme, su antiguo camarada, alcalde de aquel departamento.

Con este nombramiento, y con otros actos, dió á entender á Colon que no había renunciado á sus designios hostiles, y se confirmó en esta creencia al saber que Pedro Riquelme, pretextando el establecimiento de una casa rural para sus ga-

nados, comenzó á levantar un fuerte edificio sobre una colina.

Aquel edificio podía convertirse en una verdadera fortaleza.

Después de haber sido Colon tantas veces débil, necesitaba entonces probar su energía.

Prohibió terminantemente que continuase la construcción del edificio, y no tuvieron más remedio que obedecer lo que al levantarle pensaban efectivamente facilitarse un sitio donde defenderse de las tropas de Colon en caso necesario.

Los desengaños y las enfermedades hacían desear á menudo al almirante un nuevo viaje á España para contradecir las calumnias de sus enemigos y pintar la verdadera situación de los países descubiertos á los soberanos.

Pero por una parte los rebeldes, y por otra los indios, que se aprestaban á rescatar á su rey Guaorocaya, obligaron á Colon á realizar su deseo.

A principios de Octubre envió dos carabelas á España con algunos rebeldes, y todos los colonos que quisieron regresar á la Península.

En aquella expedición se permitió á los españoles llevar algunos indios como esclavos ó á las mujeres que habían seducido.

Hernando de Guevara, de acuerdo con Anacaona, partió también con la hermosa Higuanamota, que aunque sentía abandonar á su madre, su amor y la esperanza de encontrar en España al autor de sus días amortiguaban su dolor.

No pudiendo partir el almirante, envió á Miguel Ballester con amplios poderes para que se presentase ante los reyes y explicase la verdad.

Asimismo escribió á los monarcas dándoles cuenta de todos los sinsabores que había sufrido, y de la conducta arrogante y malvada de Roldán y los suyos, y repetía sus anteriores peticiones como el único medio de salvar el conflicto en que se hallaba la colonia.

Una idea habia cruzado por la mente de Colon al encontrarse bajo el peso de la desgracia.

Al ver que su enfermedad le molestaba con mayor intensidad que nunca, al ver que todo se conjuraba contra él, porque la sombra de la muerte parecia proyectarse en el horizonte de su vida, pensó en su hijo, en Diego, para que continuase su obra en el Nuevo Mundo.

Era joven, habia recibido una esmerada educacion, se hallaba dotado de nobles sentimientos, habia deseado acompañar á su padre despues de la herida que habia sufrido su corazon al perder á María, y nadie como él podia comprender sus ideas, abrigar sus deseos y hallar el triunfo para su causa, que era la de la civilizacion, la de la humanidad, y cuyo triunfo era seguro, por más que las pasiones de sus contemporáneos quisieran borrar su nombre de la historia del mundo.

El almirante escribió á su hijo en este sentido, y suplicó á los reyes que le dieran permiso para que fuera á reunirse con él.

No bien habia obtenido un triunfo la autoridad de Colon sobre Roldan, Riquelme y Mogica, prohibiéndoles la continuacion de su comenzada fortaleza, cuando supo la llegada á la costa de cuatro embarcaciones, al mando de Alonso de Ojeda, que algunos meses ántes habia partido á España llamado secretamente por Fonseca, y fletado por un rico comerciante florentino que como simple marinero habia estado algunos años ántes en la colonia.

Aquellos buques eran libres, y por lo tanto no debían someterse á la autoridad de Colon.

Su mision en aquella parte del Océano era arrebatár al almirante sus más preciosas conquistas, era hollar sus legítimos derechos.

Colon pensó inmediatamente en Roldan para encargarle la

mision de explotar las intenciones del jefe de aquella expedicion clandestina.

La astucia de Roldan, el interes que tenia en no someterse á ninguna otra persona que pudiera privarle de las dádivas que habia obtenido del almirante, hicieron creer á éste que no hallaria un agente más á propósito que él para librarle de aquel nuevo conflicto.

Roldan aceptó el encargo con gusto, llegó al puerto de Jacquemel al frente de un pequeño ejército, y habiéndose informado de que Ojeda, con gran parte de los tripulantes, habia salido á buscar provisiones, quiso sorprenderle en mitad del camino.

Los indios del país habian reconocido á Ojeda, al que veneraban con el respeto y el aprecio que le habia manifestado Caonabo.

Al mismo tiempo odiaban á Roldan, porque habian sido víctimas de sus excesos, y se apresuraron á participar á Ojeda que habia llegado en su persecucion.

No se intimidó Ojeda.

Deseando conocer el peligro de cerca, fué al encuentro de Roldan solo con seis hombres de toda su confianza.

Roldan fingió gran asombro el verle.

—¡Qué agradable sorpresa! exclamó al hallarse en presencia de Ojeda. ¿Vos por aquí? Os hacia en España.

—¿Es posible que ignoreis mi llegada á la costa?

—Os aseguro que lo ignoraba.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que os trae aquí?

—Permitidme que participe de vuestra curiosidad, y os haga idéntica pregunta.

—Preguntar no es responder.

—Sois recién venido, y os debo toda clase de atenciones. No tengo inconveniente en manifestaros la causa de mi estan-

cia aquí. Soy alcalde mayor de la isla, los indios no son todo lo humildes que debieran, y de cuando en cuando es necesario que se aperciban de que estamos aquí para que no se insurreccionen. Tal es el motivo de mi presencia en este departamento.

—Pues yo, dijo Ojeda con el mismo desenfado, he salido de España hace dos meses con cuatro carabelas, decidido á descubrir tierras en medio del Océano; y si me he detenido en la isla, ha sido para reparar las averías de los buques y adquirir provisiones.

—¿Es decir que no venís á poner os á las órdenes del almirante?

—De ningun modo, contestó Ojeda con arrogancia.

—En ese caso, voy á verme precisado á desempeñar mis funciones de alcalde mayor.

—Desempeñadlas en buen hora.

—Soy vuestro amigo y lo siento; pero no tengo más remedio que exigiros la real cédula, en virtud de la cual cruzais los mares de la jurisdiccion del almirante, tocais en esta isla sin su permiso, y os proponéis partir á hacer descubrimientos.

—En primer lugar, debo deciros que siempre ha sido mi ánimo pasar á Santo Domingo á ofrecer mis respetos al almirante. No era esto en mí sólo un deber de cortesía, sino de amistad. Desde su salida han variado mucho las cosas en España, y las noticias que he de darle podrán serle muy útiles. Acá para entre los dos, está en desgracia, y los reyes dudan ya, si no de su honradez, de su pericia. La reina, que es su verdadera protectora, está muy enferma; los médicos no creen poder salvarla, y todo hace creer que cuando falte se eclipsará la estrella de Colon.

Roldan no echaba en saco roto estas noticias.

—Por lo demas, añadió Ojedá, no seré yo quien deje de

reconocer vuestra autoridad, y os invito á que vengaís á visitar mis buques para poder mostraros los papeles que me acompañan y que me autorizan á continuar mi viaje.

Accedió Roldan á esta invitacion, y halló en las carabelas á muchas personas conocidas que habian estado en otro tiempo en la colonia, y que se hallaban muy animadas á proseguir los descubrimientos que habia inaugurado Colon en el Golfo de Pária, país mucho más rico que la Española.

Ojeda mostró á Roldan una licencia firmada por el obispo Fonseca como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para emprender un viaje de descubrimientos.

Las noticias que habia llevado Colon acerca de las perlas y de los ricos frutos que se hallaban en la costa que habia visitado ántes de regresar á Santo Domingo, habian caido en poder de Fonseca.

El almirante envió tambien mapas, y valiéndose de ellos fraguó una intriga el enemigo irreconciliable de Colon, y preparó el viaje de Alonso de Ojeda con el concurso de Américo Vespucio, que á la sazón se habia enriquecido, estableciéndose en Sevilla.

Juan de la Cosa, célebre piloto á quien habia enseñado el almirante, se encargó de dirigir los buques al país que debian conquistar.

Los cuatro buques salieron de España á mediados del 499; visitaron las costas del continente del Sur, desde doscientas leguas del Oriente del Orinoco hasta el Golfo de Pária, descubriendo el Golfo de Venezuela; se acercaron á las islas caribes, en donde hicieron algunos prisioneros entre sus habitantes, y llegaron á la Española, con el objeto que indicó Ojeda á Roldan.

Con todas estas noticias partió Roldan á Santo Domingo, las confió á Colon, y puede asegurarse que hasta entónces

ningun pesar habia producido tanta mella como aquel en su corazon.

Representaba á sus ojos la más negra de las ingratitudes, no ya por la parte de sus enemigos, sino por la de los monarcas de España, que tanto le debian, y no queriendo dar crédito todavía á lo que Roldan le habia contado, aguardó con ansiedad á que Ojeda cumpliese su promesa de ir á Santo Domingo para apurar en aquella entrevista hasta la última gota de hiel del cáliz de amargura que la adversa fortuna le brindaba en el ocaso de su vida.

Pero ántes de pasar adelante, querrán sin duda alguna mis lectores saber de qué manera habia logrado enriquecerse Américo Vespucio, y los verdaderos móviles que habian impulsado á Fonseca á facilitar la expedicion de Ojeda, y voy á complacerles.

CAPITULO LXXV.

Una historia dentro de otra.



UANDO se dió la órden en la corte de España de perseguir y castigar á los que habian calumniado á Colon, Américo Vespucio pudo, como recordarán mis lectores, escaparse á Portugal, y fué resuelto á sacrificarlo todo á la fortuna que deseaba proporcionar á su hija.

Por de pronto logró ponerse en salvo, y aunque modestamente, vivió algun tiempo en Lisboa, ayudado con el producto de su trabajo y los auxilios que, para tenerle siempre propicio, le enviaba Fonseca.

Sin más idea que la de enriquecerse á cualquier precio para resarcir á su hija de la fortuna que la habia arrebatado, su génio activo y emprendedor le inspiraba infinitos proyectos, que se estrellaban en las escasas relaciones que tenia en Lisboa, y en su carácter de desterrado.

Aun cuando era en la corte lucitana una buena recomendacion la de ser enemigo de Cristóbal Colon, cuando supieron que Américo era italiano, y por lo tanto compatriota del almirante, dudaron de su sinceridad y atribuyeron á despecho lo que ellos hubieran querido que fuese odio.

Viendo que eran inútiles cuantos esfuerzos hacia para encontrar los medios de ocupar una oposicion, ó de dedicarse á una industria que pudiera facilitarle la realizacion de sus deseos, escribió al obispo Fonseca pidiéndole siquiera alguna

carta de recomendacion para que el clero de Lisboa le amparase y le apoyase en sus propósitos.

En aquella carta revelaba al prelado los poderosos motivos que tenia para desear enriquecerse, y conociendo Fonseca que aquel estímulo, apoyado por él entónces, podria más tarde, cuando necesitara á Américo, darle los mejores resultados, proporcionó al desterrado una eficaz recomendacion para el prior de un convento, persona muy querida y respetada entre los miembros de la nobleza portuguesa.

Fray Bartolomé Pozzos, que así se llamaba, recibió á Américo y oyó sus pretensiones.

—Soy un pobre italiano, le dijo, á quien la desgracia le ha conducido aquí. Despues de haber servido En España al duque de Médicis, acompañé á Colon en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Pero aquellos países no son tan bellos ni tan buenos como los pintan. Las provisiones escasean, y las privaciones y los trabajos me acarrearón una penosa enfermedad. Regresé á España, fui llamado á declarar acerca de la verdadera situacion de los españoles en las Indias, y dije la verdad; pero llegó hace poco el almirante, influyó en el ánimo de los reyes y se fulminó una sentencia contra todos los que habíamos descrito con sus tristes colores el presente y el porvenir de los países descubiertos. Para no ser sepultado en un calabozo, tuve necesidad de pasar la frontera y refugiar-me en esta hospitalaria nacion; pero me faltan recursos, soy jóven, quiero trabajar, necesito proteccion y amparo, y vengo á suplicaros que seais mi providencia.

Atendiendo á la recomendacion que llevaba y simpatizando con Américo, le ofreció fray Bartolomé buscarle algun empleo.

—Volved á verme dentro de algunos dias, le dijo, y entre tanto no carezcai de nada. Si no podeis pagar un hospedaje,

venid al convento; en él tendreis una celda. Si os faltan recursos para atender á vuestras necesidades, nosotros tenemos el deber de ser caritativos, y con vos, ademas del deber, tendremos la satisfaccion de auxiliáros.

Un momento despues se separó de él, besando humildemente su mano.

Fray Bartolomé resolvió, en efecto, prestarle auxilio.

Repasó en su imaginacion los elementos con que contaba, y no tardó en encontrar una magnífica proporcion de ocuparle.

Vivia en Lisboa una ilustre dama, célebre tanto por sus riquezas como por la historia de su vida, que era en extremo dramática.

Hija de un noble portugués, de la familia de los Vasconcellos, perdió á su madre siendo aún muy niña, y su padre, que en aquella época de descubrimientos se habia consagrado con amor á la marina, la dejaba durante sus expediciones al cuidado de una hermana suya.

Desempeñaba cerca de la reina un alto empleo, que hacia sufrir mucho á la jóven, porque tenia hijas, á las que preferia, como era natural, dando ocasion á Blanca, que así se llamaba la hija del marino, para echar de ménos las caricias de su madre.

Llegó la jóven á los diez y ocho años, y aunque no le faltaba nada de lo necesario para su cuerpo en casa de su tia, le faltaba todo para su alma.

Solo gozaba cuando volvia su padre de algun viaje y permanecia á su lado algun tiempo.

Renació en su alma la alegria al saber que su padre, por consagrarse á su cuidado, renunciaba á sus expediciones marítimas.

Su rostro se animó.

Las lágrimas que siempre nublaban sus ojos desaparecieron por completo.

La alegría, que es otra nueva juventud, aumentó sus encantos, y las miradas de los más apuestos galanes se fijaron en ella.

Blanca amaba á su padre con delirio porque desde muy niña habia sentido la necesidad de amar, y encontrándose sola, al volver al lado del autor de sus días, reconcentró en él todo el afecto que hubiera tenido para los dos seres á quienes debia la vida.

Trascurrió algun tiempo feliz para el padre y para la hija, cuando aquel recibió la orden de salir en una carabela á perseguir á un corsario africano que tenia atemorizados á todos los capitanes de los buques mercantes que hacian el tránsito entre Portugal y Guinea.

No podia eximirse de cumplir aquella orden y participó á su hija su resolucion, anunciándola que mientras él estuviera ausente viviria con su tia.

—No, padre mio, no, dijo Blanca; he prometido no abandonaros, y no os abandonaré.

—En ese caso me obligas á faltar á mis deberes.

—De ningun modo; servís al rey, y debeis cumplir su voluntad pero yo puedo acompañaros.

—¿Qué es lo que dices?

—Os suplico que me lleveis en vuestra compañía.

—¿En una expedicion tan arriesgada como la que voy á emprender, cuando es posible que el corsario se resista á nuestras amenazas y necesitemos luchar con él!

—¿Qué importa? con eso estando á vuestro lado os daré ánimo.

—No, no es posible; desiste de tu empeño, la dijo su padre.

—En ese caso, despediros de mí para siempre, porque cuando volvais me habré muerto de pena.

Tanto insistió la jóven, que resolvió su padre darla gusto, y se embarcó con ella.

El corsario era un árabe jóven, vigoroso, denodado.

Hacia muy poco tiempo que surcaba los mares, y ya era conocido entre todos los navegantes por su arrojo, por la serenidad con que desafiaba el peligro, por la generosidad con que trataba á los que caian en su poder.

El nombre de Almanzor y sus proezas habian despertado en Blanca un interés novelesco.

Temia que llegase el momento de encontrarle, y al mismo tiempo lo deseaba.

No tardó mucho en realizar su deseo.

La carabela que mandaba su padre divisó al corsario, y poniendo la proa hacia el sitio en donde se hallaba, fué resuelto á intimarle la rendicion.

—Nos ha visto, y sin embargo no se aleja, dijo el vigía del buque.

El jefe de la embarcacion mandó izar la bandera de guerra, y sin embargo, la galera del corsario permanecia tranquila, esperando al buque como un objeto inofensivo.

Al hallarse á una regular distancia, todavia habló el padre de Blanca con la bocina al pirata africano, diciéndole que se entregara á él si no queria arrostrar los efectos del combate.

El corsario contestó á aquella amenaza dirigiendo su buque al portugués y mostrando sobre cubierta á sus compañeros armados con afilados yataganes y dispuesto á pelear.

La aficcion de Vasconcellos fué inmensa.

Desde aquel momento no pensó más que en su hija.

Necesitaba hacer un supremo esfuerzo para vencer á los caribes ántes de que pudiesen penetrar en su buque y cautivar á su hija.

Preparó sus soldados para la lid, ocultó á su hija en el camarote, y cuando la galera se acercó á tiro de cañon, disparó contra ella.

Pero los piratas avanzaron resistiendo los disparos de los arcabuces, y las dos embarcaciones llegaron á juntarse.

Lanzáronse los árabes como tigres á las galerías de la carabela, y tomándola al abordaje, sostuvieron una lucha encarnizada con los portugueses.

Almanzor se encontró frente á frente de Vasconcellos, é iba á descargar sobre él su alfanje, cuando se apareció á su vista Blanca, y cayendo á sus piés:

—No mateis á mi padre, exclamó.

El supremo esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras, la quitó las fuerzas y cayó desmayada.

En aquellos momentos iba á atravesar Vasconcellos con su espada á Almanzor, cuando una bala de arcabuz, disparada por uno de los piratas que le habia arrebatado de las manos de un portugués que quiso defender á su jefe, le atravesó el pecho, dejándole sin vida.

Cuando Blanca volvió en sí se encontró en una habitacion completamente desconocida para ella, sobre muelles almohadones de damasco, y al fijar sus asombrados ojos en torno suyo, no pudo ménos de sorprenderla la magnificencia de los mosaicos que adornaban las paredes y el perfume de los arryanes que embalsamaban la estancia, penetrando á través de las celosías de una ventana ojival que se abria á un jardín delicioso.

Poco despues se presentó á su vista Almanzor.

Hablaba perfectamente el portugués, y le refirió con lágrimas en los ojos las tristes escenas á que habia dado lugar el combate.

Pero al mismo tiempo la confesó con vehemencia el amor que le habia inspirado, y su resolucion de hacerla la más feliz de las mujeres.

Almanzor poseía inmensos tesoros.

Ademas, su fama era justa.

Audaz y valeroso en el combate, poseia en la paz los sentimientos más nobles y más generosos.

Para abreviar: el tiempo y las atenciones del pirata despertaron en el corazon de Blanca un afecto tan raro, tan desconocido, tan vehemente como el suyo, y fué su esposa.

En medio de los goces que hallaba en torno suyo, no podia ménos de acordarse de su padre, de sus costumbres, de su religion, y Almanzor no sabia qué hacer para desterrar la tristeza que leia en sus ojos.

De su amor nació un hijo, y horrorizada Blanca ante la idea de que fuera musulman, desde muy niño comenzó á sembrar en su corazon las semillas de la fe cristiana.

Trascurrieron veinte años, en los cuales aumentó sus riquezas Almanzor y llegó á ser esclavo de su esposa.

La amaba tanto, que con tal de que correspondiera á su cariño la prometió entregarse á sus preceptos religiosos, cultivó en el corazon de su hijo la fe que ella profesaba, y aun hizo más.

Para aliviar la tristeza de su esposa, la prometió enviarla á Portugal, ó permitirle al ménos que hiciera un viaje, con la única condicion de que le dejase á su hijo, prenda segura de que volveria.

Deseaba tan vehementemente Blanca volver á ver á su patria, encontrar allí un templo católico y postrarse ante la imagen de Dios y de la Virgen, que olvidando la gratitud que debia á Almanzor, concibió el plan de separarse de él para siempre, y hacer que su hijo, aun cuando se quedase en compañía de su padre, fuese á reunirse con ella.

Almanzor preparó una expedicion para realizar el deseo de Blanca.

Llenó gran número de arcas con el oro y las joyas que te-

nia en su palacio, objetos todos que representaba una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habian sido cautivados, que más tarde habian podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y solo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido ántes de partir que iría á reunirse con ella.

Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca.

La proposición fué aceptada.

CAPITULO LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.



MÉRICO Vespucio entró al servicio de Blanca y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos se prometía encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparicion de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaria la proteccion que desde el principio se habia propuesto ofrecerla y la dejaria todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.